

ellos, según caminaban hacia la luna ó le volvían la espalda. El cura mascaba una especie de cigarrillo que había sacado de la faltriquera, y cuya utilidad explicó con la franqueza de los curas de aldea.

—Es para favorecer la salud, porque hago mal las digestiones.

Luego, mirando de pronto al cielo, en donde vagaba el argentado disco, añadió:

—¡Nunca se cansa uno de este espectáculo!  
Y volvió á despedirse de las señoras.

## III

El domingo siguiente, la baronesa y Juana asistieron á misa, impulsadas por un sentimiento delicado de deferencia hacia su cura.

Terminado el oficio divino le esperaron para invitarle á almorzar el jueves. Salió de la sacristía con un joven, alto, elegante, que le daba familiarmente el brazo. En cuanto distinguió á las dos señoras, el sacerdote hizo un gesto de alegre sorpresa, y exclamó:

—¡Vienen ustedes á buen tiempo! Permítanme ustedes, señora baronesa y señorita Juana, que les presente á su vecino el señor vizconde de Lamare.

El vizconde se inclinó, expresó el deseo que tenía de ponerse en relación con aquellas señoras, y se puso á hablar con facilidad, como hombre *comm' il faut*, que ha visto mucho. Poseía

una de esas caras afortunadas con que sueñan las mujeres y que suelen desagradar á los hombres. Sus cabellos, negros y rizados, daban sombra á su frente despejada y morena; y dos grandes cejas regulares, como si fueran postizas, hacían tiernos y profundos sus ojos sombríos, cuyo blanco aparecía teñido de azul.

Sus pestañas, largas y pobladas, prestaban á la mirada esa apasionada elocuencia que en los salones turba á la hermosa dama altiva y en las calles hace volver la cara á la joven que lleva una cesta al brazo. El lánguido encanto de aquellos ojos hacía creer en la profundidad del pensamiento y daba importancia á las menores palabras.

La barba, abundante, fina y brillante, ocultaba una mandíbula algo gruesa.

Después de muchos cumplidos, unos y otros se separaron.

Dos días después, M. de Lamare hizo su primera visita.

Llegó cuando estaban probando un banco rústico que aquella misma mañana habían colocado bajo el plátano grande, frente á las ventanas del salón. El barón quería que se coloca-

se otro debajo del tilo, para hacer *pendant* con el primero; mamaíta, enemiga de la simetría, no quería. Consultado el vizconde, fué de la misma opinión que la baronesa.

Luego habló de la comarca, que declaró muy «pintoresca» y en la cual había hallado en sus solitarios paseos muchas encantadoras «perspectivas». De cuando en cuando sus ojos, como por casualidad, encontraban á los de Juana; y esta mirada brusca, apartada en seguida, y en la que aparecía una admiración cariñosa y una despierta simpatía, causaba viva sensación á la joven.

Precisamente, M. de Lamare, padre, muerto el año anterior, había conocido á un íntimo amigo de M. des Coultaux, padre de mamaíta; y la revelación de este conocimiento provocó una conversación interminable de alianzas, fechas y parentescos. La baronesa hacía maravillas de memoria, restableciendo ascendencias y descendencias de otras familias, circulando, sin perderse jamás, por el complicado laberinto de las genealogías.

—Dígame usted, vizconde: ¿ha oído usted hablar de los Saunoy de Varfleur? El hijo ma-

yor, Gontrán, se casó con una señorita de Coursil, una Coursil-Courville, y el menor con una prima mía: la señorita de la Roche-Aubert, que estaba emparentada á los Crisange. Pues bien; M. de Crisange fué íntimo amigo de mi padre y debió conocer al de usted.

—Sí, señora. ¿No es ese M. de Crisange que emigró y cuyo hijo se ha arruinado?

—El mismo. Había pedido la mano de mi tía después de la muerte de su marido, el conde de Eretry; pero no le quiso, porque tomaba rapé. A propósito: ¿sabe usted qué ha sido de los Viloise? Salieron de Turena hacia 1813 para establecerse en Inglaterra, á consecuencia de reveses de fortuna, y no he vuelto á oír hablar de ellos.

—Creo, señora, que el viejo marqués murió de la caída de un caballo, dejando una hija, casada con un inglés, y otra con un tal Basolle, un comerciante rico que, según dicen, la había seducido.—

Y surgían nombres aprendidos y retenidos desde la infancia en las conversaciones de los viejos parientes; y los matrimonios de estas familias iguales tomaban en su ánimo la importancia de grandes acontecimientos públicos. Ha-

blaban, como si las conociesen mucho, de personas que no habían visto nunca; y éstas, en otros países, hablaban de ellas en el mismo tono, y se sentían, aunque separadas, íntimas, amigas casi, casi parientes, sólo por el hecho de pertenecer á la misma clase, á la misma casta y ser de sangre equivalente.

El barón, de naturaleza bastante popular y de una educación que no estaba de acuerdo con las creencias y prejuicios de las personas de su esfera, apenas conocía á las familias de los alrededores, y pidió noticias al vizconde.

—¡Oh! No hay mucha nobleza en el distrito,—respondió M. de Lamare, con el mismo tono con que hubiera declarado que había pocos conejos en la costa; y dió pormenores de ella. En un radio bastante corto se hallaban solamente tres familias: el marqués de Coutelier, que era como el jefe de la aristocracia normanda; los vizcondes de Briseville, personas de excelente raza, pero que se mantenían aisladas, y, por último, el conde Fourville, una especie de coco de quien se decía que había matado á su mujer á disgustos y que vivía, como cazador, en un castillo de Vrilette, edificado junto á un estanque.

Unos cuantos advenedizos que querían alternar con ellos habían comprado dominios aquí y allá. El vizconde los conocía.

El joven pidió permiso para retirarse, y su última mirada fué para Juana, como si la hubiese dirigido un «¡adiós!» particular, más cordial y más dulce.

La baronesa le encontró encantador, y sobre todo muy *comm'il faut*. Papaíto respondió:— Sí, es verdad; es un chico muy bien educado.

Le invitaron para la semana siguiente. Desde entonces acudió con regularidad.

Llegaba, por lo general, á eso de las cuatro de la tarde; iba á la avenida á ver á «mamaíta» y la ofrecía el brazo para hacer «ejercicio». Cuando Juana no había salido, la joven sostenía por el otro lado á su madre, y los tres caminaban lentamente de un extremo á otro del camino, yendo y viniendo de frente sin cesar. Apenas hablaba á Juana; pero sus ojos, que parecían de terciopelo negro, encontraban á menudo los ojos de la joven, que parecían de ágata azul.

Muchas veces fueron los dos á Iport con el barón.

Una tarde, hallándose en la playa, se acercó á ellos el tío Lastique, y sin dejar su pipa, cuya ausencia hubiera causado más asombro que la de su nariz, dijo:

—Con este viento, señor barón, era cosa de ir mañana á Etretat y volver sin mucho trabajo.

Juana palmoteó.

—¡Oh, papá! Si quisieras...

El barón se volvió hacia M. de Lamare.

—¿Qué os parece, vizconde? ¿Vamos á almorzar allá abajo?

Y al punto se decidió la partida.

Desde la aurora estaba Juana de pie. Esperó á su padre, menos ligero para vestirse, y ambos echaron á andar, caminando sobre el rocío, atravesando primero la llanura, luego el bosque, que se estremecía con los cantos de los pájaros. El vizconde y el tío Lastique estaban sentados en un cabrestante.

Otros dos marinos ayudaron á la partida. Los hombres, apoyando la espalda en los bordajes, empujaban con toda su fuerza. La barca avanzaba trabajosamente sobre la plataforma de arena. Lastique deslizaba bajo la quilla rollos de

madera engrasada, y luego, ocupando su sitio, modulaba con una voz lánguida su interminable: «¡Ohe, hop!» que debía dirigir el esfuerzo común.

Pero cuando llegó á la pendiente, la barca partió de un golpe, descendió sobre los redondos guijarros, produciendo un gran ruido, como de tela que se rasga. Detúvose pronto en la espuma de las olas, y todo el mundo tomó asiento en los bancos, después de lo cual los dos marineros que habían quedado en tierra la pusieron á flote.

Una brisa ligera y continua, que venía del golfo, rizaba la superficie del agua. Bien pronto se izó la vela, se redondeó un poco, y la barca empezó á bogar apaciblemente, mecida apenas por el mar.

Hacia el horizonte, el cielo, inclinándose, se confundía con el Océano. Hacia la tierra, la alta costa recta formaba una comba á sus pies, y pendientes de césped llenas de sol la sesgaban. Allá abajo, á retaguardia, velas oscuras salían de la escollera blanca de Fécamp, y delante, una roca de forma extraña, redonda y agujereada, tenía aproximadamente la forma de un ele-

fante enorme, que hundía su trompa en las nubes. Era el boquete de Etretat.

Juana, que se asía á las tablas con una mano, algo aturdida por la ondulación de las olas, miraba á lo lejos, y le parecía que en la creación no había más que tres cosas verdaderamente hermosas: la luz, el agua y el espacio.

Nadie hablaba. El tío Lastique, que dirigía el timón, bebía de cuando en cuando un trago de una botella escondida debajo de un banco, y fumaba sin tregua su muñón de pipa, que parecía inextinguible, del cual salía siempre un delgado hilo de humo azul, mientras que otro hilo semejante se le escapaba por las comisuras de los labios. Y nunca se veía al marinero encender el hornillo de tierra, más negro que el ébano y lleno de tabaco. De cuando en cuando le cogía con una mano, se lo quitaba de los labios, y por el mismo lado de la boca por donde salía el humo arrojaba al mar una bocanada de saliva oscura.

El barón, sentado delante, cuidaba de la vela, ocupando el lugar de un marinero. Juana y el vizconde iban uno al lado de otro, algo turbados los dos. Una fuerza desconocida hacía que

amorosamente se mirasen sus ojos, á la vez levantados como si cierta afinidad se lo advirtiera, porque entre ellos flotaba ya esa sutil y sagaz ternura que nace tan pronto entre dos jóvenes, cuando él no es feo y ella es guapa. Sentíanse dichosos al verse juntos, quizá porque pensaban uno en otro.

El sol se elevaba, como para ver desde más arriba el vasto mar extendido debajo de él; pero como si sintiera cierta coquetería, se envolvió en una bruma ligera, que velaba sus rayos. Era una niebla áurea y transparente, muy baja, que no ocultaba nada, pero que hacía más suaves las perspectivas. El astro vibraba sus llamas, hacía fundir esta nube brillante, y cuando estuvo en toda su fuerza, el vaho se evaporó, desapareció, y el mar, liso como un espejo, empezó á centellear con la luz.

Juana, conmovida, murmuró:

—¡Qué hermoso es esto!

El vizconde añadió:

—¡Oh, sí, hermosísimo!

La serena claridad de esta madrugada despertaba algo así como un eco simpático en sus corazones.

Y de pronto descubrieron las grandes arcadas de Etretat, semejantes á dos piernas de la costa que se adelantaban en el mar, bastante altas para servir de arco á los buques, mientras una aguja de roca blanca y puntiaguda se enderezaba delante de la primera.

Abordaron, y mientras el barón, que bajó el primero, detenía la barca en la ribera tirando de una cuerda, el vizconde cogió en sus brazos á Juana para dejarla en tierra sin que se mojaran los pies; luego subieron al duro banco de arena, uno al lado de otro, conmovidos ambos por este rápido abrazo, y oyeron de pronto al tío Lastique, que decía al barón:

—Creo que harían una buena parejita.

El almuerzo, en una pequeña posada cerca de la playa, fué encantador. El Océano, entorpeciendo la voz y el pensamiento de ambos, los había vuelto mudos; la mesa les hizo charlatanes, como niños en vacaciones. Las cosas más sencillas se prestaban á bromas interminables.

El tío Lastique, al ponerse á la mesa, ocultó cuidadosamente en su gorra la pipa, que seguía humeando, y todos se rieron. Una mosca, atraída sin duda por su nariz roja, acudió

varias veces á ponerse encima, y cuando la había ahuyentado de un manotazo, demasiado torpe para cogerla, iba á posarse sobre un cortinaje de muselina que muchas de sus hermanas habían ensuciado ya, y parecía acechar con avidez el *pif* iluminado del marinero, porque volvía á alzar su vuelo para tornar á posarse allí.

Cada viaje del insecto producía una loca carcajada, y cuando el anciano, cansado ya de tanto cosquilleo, murmuró:

—¡Es pesada de veras!

Juana y el vizconde se echaron á reir hasta derramar lágrimas, retorciéndose, sofocados, para no prorrumpir en gritos.

Después que hubieron tomado el café:

—Si nos fuésemos á dar una vuelta... dijo Juana.

El vizconde se levantó; pero el barón prefería descansar al sol sobre la arena.

—Idos, hijos míos, y aquí me encontraréis dentro de una hora.

Atravesaron en línea recta las pocas cabañas del pueblo, y después de haber pasado un castillejo que se parecía á un gran cortijo, encon-

tráronse en un valle abierto que delante de ellos se extendía.

El movimiento del mar les había dado cierta languidez, turbando su equilibrio ordinario; el aire salino del mar habíales abierto la gana de comer; el almuerzo los había puesto pesados, y la risa los fatigaba. Sentíanse ahora como locos, con ganas de correr desesperadamente por el campo. Juana, removida por suaves y rápidas sensaciones, notaba que le zumbaban los oídos.

Un sol abrasador caía sobre ellos. De ambos lados del camino las cosechas, ya maduras, se inclinaban, dobladas por el calor. Las langostas, numerosas como los tallos de hierba, se regocijaban lanzando por todas partes, en los trigos, en las avenas, en los juncos marinos de la costa, un grito ensordecedor y penetrante.

Ningún otro se oía bajo el cielo tórrido, de azul chispeante y amarillento, como si de un momento á otro fuera á convertirse en rojo, á modo de los metales que están cerca de un brasero.

Vieron un bosquecillo algo más lejos, y se dirigieron hacia él.

Encajada entre dos pendientes, una abertura

estrecha se adelantaba bajo grandes árboles impenetrables al sol. Una especie de húmeda frescura les penetró al entrar en él; esa humedad que hace que la piel se estremezca, y que se mete en los pulmones. La hierba, falta de luz y de aire libre, había desaparecido, pero ligero musgo alfombraba el suelo.

Los jóvenes seguían avanzando.

—Allá abajo podremos sentarnos un poco, dijo Juana.

Dos árboles muy viejos habían muerto, y aprovechándose del agujero hecho en el follaje un rayo de luz caía allí, calentaba la tierra, había despertado gérmenes de césped, dientes de león y lianas, haciendo brotar algunas florecillas blancas, finas como la niebla, y digitales parecidas á cohetes. Mariposas, abejas, abejorros rechonchos, mosquitos desmesurados, que semejaban esqueletos de moscas, mil insectos volantes, *cuentadados* de color derosa y manchados de reflejos verdosos; otros, negros, con cuernos, poblaban aquel pozo ardiente y luminoso, abierto en la sombra helada del pomposo follaje.

Sentáronse, con los pies al sol y la cabeza

resguardada por la sombra. Miraban toda aquella vida movible y diminuta que un rayo de sol había hecho surgir, y Juana, enternecida, murmuraba:

—¡Qué bien se está aquí! ¡Qué bueno es el campo! ¡Hay momentos en que quisiera ser mosca ó mariposa para esconderme entre las flores!

Hablaban de sí, de sus costumbres, de sus gustos, en ese tono bajo, íntimo, en que se hacen las confidencias. Él decía que estaba ya cansado de la sociedad, de su vida fútil; siempre lo mismo; no hay en ella nada de verdad, nada sincero.

¡La vida social! Juana hubiera deseado conocerla; pero estaba convencida de antemano de que no valía lo que el campo.

Y cuanto más se acercaban sus corazones, más ceremoniosamente se llamaban «caballero» y «señorita,» más se sonreían sus miradas, confundándose, y les parecía que una nueva bondad entraba en ellos, afecto más misterioso, interés por mil cosas de que nunca habían hecho caso.

Volvieron; pero el barón había ido á pie has-



ta la «Cámara de las Doncellas,» gruta suspendida de una cresta de la costa, y le esperaron en el mesón; no volvió hasta las cinco de la tarde, después de un largo paseo por la playa.

Subieron á la barca, que iba blandamente, empujada por el viento, sin sacudida ninguna, como si no avanzase un paso. La brisa llegaba en soplos lentos y tibios, que un momento ponían en tensión la vela, dejándola caer luego, arrugada, á lo largo del mástil. La onda opaca parecía muerta, y el ardiente sol, siguiendo su inclinado camino, se acercaba á ella dulcemente.

El amodorramiento del mar imponía otra vez silencio á todos.

Juana fué la primera en hablar.

—¡Cuánto me gustaría viajar! dijo.

El vizconde añadió:

—Sí; pero para viajar es preciso ir en compañía, porque es muy triste viajar solo y sin tener á quien comunicar sus impresiones.

Ella reflexionó.

—¡Es verdad!... Sin embargo, á mí me gusta pasearme sola... ¡se siente una tan bien pensando, solal...

El vizconde la miró fijamente.

—También se puede soñar en compañía.

Juana bajó los ojos: ¿era una ilusión? Quizá. Consideró el horizonte como para ver aún más allá; luego, con voz pausada, añadió:

—Quisiera ir á Italia... y á Grecia... ¡Oh! Sí, á Grecia... y á Córcega... ¡Debe ser aquello tan salvaje y tan hermoso!

Él prefería Suiza, por sus lagos y sus *chalets*.

Ella decía:

—No: á mí me gustaría ver países, ó muy nuevos, como Córcega, ó muy viejos y llenos de recuerdos, como Grecia. ¡Debe ser tan dulce hallar las huellas de estos pueblos, cuya historia sabemos desde la infancia, ver los lugares en que se hicieron tan grandes cosas!

El vizconde, menos exaltado, declaró:

—A mí me atrae Inglaterra; es una región muy instructiva.

Y empezaron á recorrer el universo, discutiendo las cualidades de cada país, desde los Polos hasta el Ecuador, extasiándose con paisajes imaginarios y costumbres inverosímiles de algunos pueblos, como los japoneses y los chinos; pero llegaron á deducir que el país más hermoso del mundo es Francia, con su clima

templado, fresco en el estío, suave en el invierno, con sus ricas campiñas, sus verdes bosques, sus grandes ríos serenos, y ese culto á las bellas artes que, desde los grandes siglos de Atenas, no ha existido en parte ninguna.

Luego se callaron.

El sol, más bajo, parecía tinto en sangre, y un ancho surco luminoso, un camino resplandeciente, se extendía sobre el agua, desde el límite del Océano hasta la quilla de la barca.

Cayeron los últimos soplos del viento, deshízose toda arruga; la vela, inmóvil, estaba roja. Una calma momentánea, ilimitada, parecía llenar el espacio, extendiendo el silencio alrededor de este choque de elementos, mientras, arqueando bajo el cielo su luciente y líquido vientre, la mar, monstruosa doncella, esperaba al amante de fuego que hacia ella descendía. Éste precipitaba su caída, teñido de púrpura, como por el deseo del abrazo; se unió á ella lentamente, y el mar le devoró.

El crepúsculo fué corto; la noche, tachonada de estrellas, se extendió. El tío Lastique cogió los remos, y entonces vieron que el mar estaba fosforescente. Juana y el vizconde, uno al lado

del otro, miraban estos fugitivos resplandores que la barca dejaba tras sí. Casi no pensaban, contemplando vagamente, aspirando la tarde en su bienestar delicioso; y como Juana tenía una mano apoyada en el banco, un dedo de su vecino se apoyó, como casualmente, contra su piel; ella no se movió, sorprendida, feliz y turbada por este contacto tan ligero.

Aquella noche, cuando entró en su cuarto, sintióse extrañamente agitada y enternecida, hasta el extremo de que todo le daba deseos de llorar. Miró su reloj, y pensó que la pequeña abeja latía á modo de un corazón, de un corazón amigo, que sería testigo de toda su vida, que acompañaría sus alegrías y sus penas con su acompasado tic-tac, y detuvo la mosca dorada para darle un beso en las alas. Hubiera besado cualquier cosa. Se acordó de que había guardado en el fondo de un cajón una vieja muñeca de otro tiempo; la buscó, volvió á verla con la alegría con que se halla á una amiga adorada, ausente mucho tiempo, y estrechándola contra su pecho, acribilló á besos ardientes las pintadas mejillas y las hilachas descoloridas del juguete.

Y teniéndola en sus brazos, meditó.

¿Sería *Él* el esposo prometido por mil voces secretas, arrojado en su camino por una Providencia soberanamente buena? ¿Serían dos predestinados cuyas ternuras, uniéndose, debían estrecharse, mezclarse indisolublemente, engendrar el *amor*?

No sentía aún esos tumultuosos transportes de todo su ser, esos locos impulsos, esas profundas conmociones que, á su juicio, constituían la pasión; sin embargo, parecíale que empezaba á amar, porque á veces se sentía desfallecer pensando en él; y en él pensaba sin cesar. Su presencia le agitaba el corazón; se avergonzaba y palidecía al encontrar su mirada, y al oír su acento se estremecía.

Aquella noche durmió poco.

Desde entonces, el turbulento deseo de amar la invadió más y más. Se consultaba sin cesar, y consultaba también á las margaritas, á las nubes, á las monedas arrojadas al aire y al azar.

Una noche le dijo su padre:

—Ponte guapa mañana por la mañana.

—¿Por qué, papá? le preguntó.

Y el barón la contestó:

—Es un secreto.

Y cuando al otro día bajó de su cuarto, hermosa, vestida con traje claro, encontró la mesa del salón cubierta de cajas de bombones, y en una silla un enorme ramo.

Un carruaje entró en el patio. En la parte superior se leía: «Lerat, pastelero en Fécamp. Comidas de boda.» Y Ladivina, ayudada por un marmitón, sacaba, por una trampa que se abría por la parte posterior del carricoche, muchos cestos grandes que olían bien.

Presentóse el vizconde de Lemare. El pantalón, extendido bajo pequeñas botas lustrosas, dejaba ver la pequeñez de su pie. Su larga levita, ceñida al talle, dejaba salir por la abertura del pecho el encaje de su chorrera, y una fina corbata de varias vueltas le obligaba á alzar la enorme cabeza, de aire distinguido y grave. Parecía otro; tenía esa apariencia particular que el traje da súbitamente á los rostros más conocidos. Juana, estupefacta, le miraba, como si no le hubiera visto nunca, pareciéndole soberanamente buen mozo, gran señor de la cabeza á los pies.

Se inclinó sonriente, y dijo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNY  
"ALFONSO HERNÁNDEZ"  
1625 MONTARREY, MEXICO

—Y bien, comadre: ¿estáis pronta?

Ella balbuceó:

—Pero... ¿qué es esto? ¿Qué ocurre?

—Ahora lo sabrás, dijo el barón.

La calesa, adornada, se adelantó. Mad. Adela bajó de su cuarto, muy vestida, del brazo de Rosalía, que parecía tan conmovida ante la elegancia de M. de Lamare, que papáíta murmuró:

—Vamos, vizconde; parece que nuestra doncella os encuentra de su gusto.

Él se avergonzó hasta el blanco de los ojos; hizo como que no oía, y cogiendo el gran ramo, se lo presentó á Juana. Ésta le tomó, más admirada todavía. Los cuatro subieron al coche, y Ladivina, la cocinera, que traía á su señora una taza de caldo tibio para darle fuerzas, exclamó:

—¡Verdaderamente, señora, esto parece una boda!

Al entrar en Iport echaron pie á tierra, y á medida que adelantaban en el pueblo, los marineros, vestidos con sus blusas nuevas, cuyos dobleces se veían, salían de sus casas, estrechaban la mano del barón, y seguían el cortejo como se sigue una procesión.

El vizconde había dado el brazo á Juana, é iba delante con ella.

Detuviéronse al llegar á la iglesia, y la gran cruz de plata apareció llevada en alto por un monaguillo, que precedía á otro rapaz vestido de blanco y rojo, que traía un caldero de agua bendita, en que se humedecía el hisopo.

Luego pasaron tres viejos chantres, uno de los cuales cojeaba, después el serpentón, detrás el cura, cuyo vientre abultado levantaba la estola dorada, cruzada por cima de él. Dió los buenos días con una sonrisa y un movimiento de cabeza; después, con los ojos medio cerrados, los labios trémulos, refunfuñando una oración, el bonete encasquetado hasta las narices, siguió á su estado mayor de sobrepelliz, dirigiéndose hacia el mar.

En la plaza esperaba la multitud alrededor de una barca nueva, muy adornado el mástil; su vela, sus cordajes, estaban cubiertos de largas cintas que volaban movidas por la brisa, y detrás, en la popa, veíase escrito en letras de oro el nombre—JUANA.—

El tío Lastique, patrón de esta barca, construída con el dinero del barón, se adelantó al

cortejo. Todos los hombres, con un mismo movimiento, se descubrieron; y una fila de devotas, encapuchadas bajo grandes mantos negros que en anchos pliegues las caían de los hombros, se arrodillaron al ver la cruz.

Colocóse el cura entre los dos monaguillos en un extremo de la barca, mientras que en el otro los tres viejos chantres grasientos, con su blanca vestidura, la barba peluda, aspecto grave, la vista clavada en el libro del canto llano, cantaban á voz en cuello.

Cada vez que se detenían para tomar aliento, el serpentón sólo continuaba su mugido; y en la hichazón de su mejillas llenas de viento, desaparecían sus ojillos grises. La misma piel de la frente y la del cuello parecía que se le despe-gaba: ¡tanto se hinchaba al soplar!

El mar, inmóvil y transparente, parecía asistir con recogimiento al bautismo de su barquilla, rozando apenas, como rumor de rastrillo que arañaba la arena, las olas altas como de un dedo. Y las grandes gaviotas blancas, con sus alas abiertas, pasaban describiendo curvas en el cielo azul, se alejaban, volvían con su vuelo circular por cima de la multitud arrodillada, como si

ellas también quisieran ver lo que pasaba allí.

Pero el canto, después de un amén aullado cinco minutos, cesó de pronto; y el sacerdote, con voz pastosa, glosó unas cuantas palabras latinas, de las que solo se percibían las sonoras terminaciones.

Dió la vuelta á la barca, rociándola con agua bendita, luego empezó á murmurar *oremus*, colocándose á lo largo de una de las bordas, enfrente del padrino y la madrina que, asidos de la mano, permanecían inmóviles.

El joven conservaba su gravedad de buen mozo; pero la joven, ahogada por una repentina emoción, desfallecida, empezó á temblar de tal modo, que sus dientes chocaban unos contra otros. El sueño que desde algún tiempo atrás la poseía, acababa de tomar de pronto, en una especie de alucinación, las apariencias de una realidad. Habíase hablado de boda, un sacerdote estaba allí bendiciendo; unos hombres vestidos con blancas sobrepellices salmodiaban oraciones; parecía que se casaba.

Contrajéronse sus dedos en una sacudida nerviosa. ¡Corrió á lo largo de sus venas comunicándose hasta el corazón de su compañero la obse-

sión de su propio corazón? ¿Comprendió á Juana, adivinó, fué, como ella, invadido por una especie de embriaguez amorosa? ¿O es que el vizconde sabía por experiencia que ninguna mujer le resistía? La joven notó bien pronto que él la estrechaba la mano, primero dulcemente, luego más fuerte, más fuerte, hasta rompérsela. Y sin que su rostro se contrajera, sin que nadie lo advirtiese, la dijo, sí, la dijo muy satisfecho:

—¡Ah, Juana! ¡Si quisierais, estos serían nuestros esposales!

Juana bajó la cabeza con un movimiento muy lento, que quizás quería decir: «sí.» Y el sacerdote, que todavía rociaba la barca con agua bendita, les envió unas cuantas gotas con los dedos.

Todo había acabado. Las mujeres se levantaban ya. La vuelta fué una desbandada. En manos del monaguillo, la cruz había perdido su dignidad, desfilaba de prisa, oscilaba de derecha á izquierda, ó inclinada hacia adelante, como si fuera á caer. El sacerdote, que no rezaba ya, corría detrás de ella; los chantres y el serpen-tón habían desaparecido por una callejuela, con objeto de desnudarse cuanto antes; los marine-

ros corrían en grupos. Un mismo pensamiento, que les daba en el cerebro, algo así como un olor de cocina, aligeraba sus piernas, humedecía las bocas en saliva, bajaba hasta el vientre, donde hacía vibrar los intestinos.

En los Pueblos les esperaba un buen almuerzo.

La gran mesa estaba puesta en el patio, bajo los manzanos. Sesenta personas, entre marineros y aldeanos, se sentaron á ella. La baronesa, en el centro, tenía á ambos lados á los dos curas, el de Iport y el de los *Pueblos*. El barón, en frente, se sentaba entre el alcalde y su mujer, una mujer delgada, vieja ya, que dirigía á todas partes una porción de saludos; tenía una cara estrecha, apretada por un gran gorro nor-mando, verdadera cabeza de gallina de cresta blanca, ojos redondos y siempre muy abiertos; comía á bocados muy ligeros, como si picoteara los platos con la nariz.

Al lado del padrino, Juana vagaba en la felicidad. No veía nada, no sabía nada y se callaba, con la cabeza llena de alegría.

Le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Julián, la dijo él; ¿no lo sabíais?

Juana no respondió; pensaba.

—¡Cuántas veces voy á repetir este nombre! Terminada que fué la comida, abandonaron el patio á los marineros, pasando al otro lado del castillo. La baronesa fué á dar su paseo habitual apoyada en el barón, seguida de los dos sacerdotes. Juana y Julián llegaron hasta el bosquecillo y entraron por las pequeñas veredas cubiertas de ramaje. De pronto él la cogió las manos.

—Decidme: ¿queréis ser mi mujer?

La joven bajó la cabeza; y como él balbuceaba:

—Responded, os lo suplico.

Alzó los ojos hacia él, dulcemente, y el vizconde leyó en sus ojos la respuesta.

## IV

Una mañana entró el barón en la alcoba de Juana cuando aún estaba ésta acostada, y sentándose á los pies, dijo:

—El vizconde de Lamare nos ha pedido tu mano.

Ganas la dieron de ocultar el rostro entre las sábanas.

Su padre continuó:

—Hemos aplazado nuestra contestación para muy pronto.

Juana jadeaba, ahogada de emoción. Al cabo de un minuto, el barón, que sonreía, añadió:

—No hemos querido hacer nada sin contar antes contigo. Tu madre y yo, sin que esto sea comprometerte, no nos oponemos á ese matrimonio. Tú eres mucho más rica que él; pero tratándose de la felicidad de toda la vida, no